

CAPÍTULO XVII

Malograda sorpresa de Egira. – Exposiciones de Eurípidas contra varios pueblos de Grecia. – Imploran éstos el socorro de Arato. – Acuerdos tomados a vista de la indolencia de este pretor.

Así el rey Filipo, partiendo de Macedonia (año -220) con su ejército –en este estado dejamos la guerra social–, rompió por la Tesalia y el Epiro, con ánimo de hacer por aquí una irrupción en Etolia. Al mismo tiempo Alejandro y Dorímaco, tramada una conspiración contra Egira, habían reunido mil doscientos etolios en

Oynantia, ciudad de Etolia situada frente por frente de aquélla; tenían ya prevenidos pontones para el traslado, y no aguardaban más que oportunidad para el propósito. Un desertor etolio, que había vivido mucho tiempo en Egira, habiendo advertido que los centinelas de la puerta por donde se viene a Egio se emborrachaban y hacían la guardia con abandono, pasó a verse varias veces con Dorímaco, hombre acostumbrado a semejantes tramas, para provocarle a la empresa. Yace Egira en el Peloponeso sobre el golfo de Corinto, entre Egio y Sición; está enclavada sobre unos collados escarpados y de difícil acceso; mira su situación hacia el Parnaso y lugares vecinos de la región opuesta, y dista del mar como siete estadios. Apenas se presentó tiempo oportuno, Dorímaco se hizo a la vela y dio fondo durante la noche cerca del río que baña la ciudad. Después emprendió la marcha con Alejandro Arquidamo, hijo de Pantaleón, y la tropa etolia que llevaba consigo, por el camino que conduce de Egio a Egira. Pero el desertor con veinte hombres los más valerosos, atravesando con más prontitud que los demás los precipicios, por la pericia que tenía en aquellos senderos, penetra en la ciudad por un acueducto, coge dormida la guardia de la puerta, la degüella en sus lechos, rompe con hachas los cerrojos y abre las puertas a los etolios. Efectivamente entraron éstos, y poco considerados proclamaron victoria. Esto fue causa de la salvación de los egiratas y de la pérdida de los etolios. Porque, en la opinión de que para apoderarse de una ciudad enemiga bastaba sólo el estar dentro de sus puertas, manejaron el lance con la poca precaución que vamos a decir.

Ya que se vieron reunidos en la plaza, codiciosos del botín, se desmandaron por la ciudad para asaltar las casas y robar sus alhajas. Llegado el día, aquellos de los egiratas en cuyas casas había entrado el enemigo, espantados y atemorizados con tan inesperado y extraordinario accidente, huyeron fuera de la ciudad, en la opinión de que ya el enemigo era dueño absoluto de ella; pero aquellos otros que oían el alboroto desde sus casas intactas salieron al socorro y se acogieron todos en la ciudadela. Al paso que se aumentaba el número de éstos y crecía su confianza, el cuerpo de etolios, por el contrario, se aminoraba y se iba llenando cada vez más de confusión. Apenas advirtió Dorímaco el peligro que amenazaba a los suyos, marchó a atacar la ciudadela, en la opinión de que su intrepidez y audacia atemorizarían y arrollarían a los que se habían reunido en su defensa. Mas los egiratas, animándose unos a otros, se defendieron y pelearon valerosamente con los etolios. Como la ciudadela se hallaba sin muros, y se luchaba de cerca y de hombre a hombre, al principio la acción se desarrolló de acuerdo a las disposiciones de los combatientes, ya que unos peleaban por su patria y familias, y otros por libertar sus vidas. Pero finalmente fueron rechazados los etolios que habían entrado en la pelea, y los egiratas, aprovechándose de esta retirada, siguieron el alcance con vigor y denuedo. De aquí provino que los más de los etolios con la consternación se atropellaron unos a otros, conforme iban huyendo, en las puertas de la ciudad. Alejandro pereció en la misma acción con las armas en la mano. Dorímaco murió en el tropel y opresión de las puertas. El resto de etolios o fue atropellado, o huyendo por sendas extraviadas se precipitó de lo alto de las rocas. La parte que se salvó en los navíos se hizo a la vela con deshonor, sin armas y sin esperanza de vengarse. De esta forma, los egira-

tas, que habían puesto en riesgo la patria por su descuido, la recobraron inesperadamente por su valor y ardimiento.

Por este mismo tiempo, Eurípidas, a quien los etolios habían enviado por pretor de los eleos, habiendo talado las tierras de los dimeos, farenses y triteos, y hecho un rico botín, se retiró a Elea. Mico el Dimeo, que a la sazón era vicepretor de los aqueos, salió a la defensa con todas las tropas de estos pueblos, y siguió el alcance del enemigo, que se retiraba. Pero su demasiado ardimiento le hizo caer en una emboscada, donde perdieron la vida cuarenta de los suyos, y doscientos infantes hechos prisioneros. Ensoberbecido Eurípidas con esta ventaja, pocos días después volvió a salir a campaña, y tomó junto a Araxo un castillo de los dimeos, llamado la Muralla, situado ventajosamente y edificado en otro tiempo, según la fábula, por Hércules, cuando se hallaba en guerra con los eleos, para servirse de él como de plaza de armas contra este pueblo.

Después de este descalabro, los dimeos, farenses y triteos, no sintiéndose seguros una vez tomada esta fortaleza, enviaron por lo pronto un correo al pretor de los aqueos, para informarle de lo ocurrido e implorar su ayuda; y no contentos con esto despacharon después una embajada para el mismo efecto. Pero a la sazón Arato no podía alistar tropas extranjeras, por hallarse aún debiendo la República una parte de los sueldos a los mercenarios que había tomado en la guerra cleoménica; a más de que por lo general este pretor era tímido en las empresas y, en una palabra, pesado para todo lo perteneciente a la guerra; motivos por que Licurgo se apoderó del Ateneo de los megalopolitanos, y Eurípidas tomó Gortina de Telfusia, a más de las plazas dichas. Los dimeos, farenses y triteos, sin esperanza de ser socorridos por Arato, decidieron no contribuir a los gastos públicos de los aqueos, sino levantar por sí solos tropas extranjeras, como en efecto alistaron trescientos infantes y cincuenta caballos, para poner a cubierto su provincia. En esta acción, si se mira a su interés particular, parece consultaron con ventaja; pero si se atiende al bien común, con perjuicio. Pues por ahí se constituyeron autores y cabezas de cualquier mal propósito o pretexto que se quisiese tomar para arruinar la nación. La principal culpa de esta decisión se debe imputar con razón a Arato, por la negligencia y dilaciones con que entretenía siempre a los que imploraban su socorro. Todo el que se ve en peligro, mientras conserva alguna esperanza en sus amigos o aliados, aprecia vivir fiado en ella; pero cuando se ve sin recurso, entonces la necesidad le obliga a echar mano de sus propias fuerzas. Y así, yo no culpo a estos pueblos de haber alistado por sí mismos tropas extranjeras, a la vista de la indolencia de Arato; lo que yo sí les vitupero es el haber rehusado contribuir con los impuestos a la liga. Pues era justo que velasen por su propia conveniencia, pero al mismo tiempo que conservasen a salvo los derechos a la República, si alcanzaban mejor fortuna y tenían facultades; principalmente cuando las leyes públicas les aseguraban de un indefectible reintegro, y sobre todo habían sido ellos los autores de la liga aquea.